les faltaría; sino por amor consciente y profundo á la Libertad y á la Justicia.

***

¿Que temen los científicos? ¿A la abyección del pueblo? Pero si todo abyecto es pacífico....todo abyecto se deja herir, espolear, robar sin una protesta, sin un arrebato de vengadora ira. Un pueblo abyecto dejaría que cualquiera de ellos ó todos, se irguiesen en tiranos mientras el pueblo trabajaría, bregaría con la corteza de la tierra, con las rocas de las minas, con el fuego de las fábricas, con el martillo de las forjas, con los fardos en los muelles, sin exaltaciones, sin tumultos, pacíficamente, pacientemente, hasta ser llevado al matadero dulce y estúpido como un cordero, sólo para que sus amos medrasen.

¿Qué temen los científicos? ¡Ah! temen al pueblo que adora la libertad, la democracia, la justicia; temen al pueblo partidario del General Díaz, porque él es el adalid de esa libertad, de esa democracia y de esa justicia; temen al pueblo, porque ellos no tienen en su corazón ese mismo amor, y se sienten débiles ante el porvenir..... son ellos los que se *asen á la reelección como á una argolla que oscila en las tinieblas*; son ellos los que tiemblan ante las reparaciones de la Justicia violada....El pueblo marcha con el General Díaz, en la seguridad de que va á la luz; porque el Gral. Díaz ha sentido ya la formidable presión de sus aspiraciones de libertad, y se las otorgará sin que estalle la válvula, sábiamente, hábilmente, y con toda alegría, con la satisfacción altiva y hermosamente viril del Ingeniero que quita el maderamen de la atrevida cúpula, y la ve permanecer erguida y firme, sobre el abismo.—(*La Unión.*)

"El Grupo Científico" disfrazado de Convención Nacional. Macedo fué la ironía, Casasús el tedio, Bulnes la mordedura.—Los hombres que defienden las instituciones y los bolsillos.

Después de largo período de silencio político y literario, aparece en la tribuna el señor D. Francisco Bulnes, con la espina dorsal vencida por la senectud, desdeñosa hasta la impotencia, desordenada hasta la locura, en atrevida actitud de violar el candor del auditorio, como el simio que exhibe una lengua de serpiente dentro de las franjas de púrpura del último libro del Ciro Ceballos.

La oración de Bulnes, recoge y abulta y avienta las ideas eximias que han bregado con valor y con tesón y con buena fé durante ocho meses de imponente escándalo periodístico. Lo que en esa oración puede reputarse por flamante en su mácula de pecado original: la lógica sin persistencia en el impulso, sin concierto en el análisis, sin propiedad en la síntesis; la lógica que huye sus compromisos, que se aterra ante el deber de ser rectilínea y se desliza por el plano inclinado de las conveniencias del cortesano, la lógica que en la oratoria del señor Bulnes produce un estrépito infernal en las primeras palabras, y un silencio de muerte en las últimas; que muestra biceps de atleta en la premisa, y resulta endeble y vil y cobarde y ridícula en el corolario.

Un miembro de la Convención vió al través de las burbujas del *champagne* que la fisonomía intelectual del señor Bulnes era semejante á la de Taine. El símil es detestable. Bulnes ha tomado mucho de los pro-

cedimientos de Taine; pero no tiene ni la enorme ciencia, ni el enorme espíritu crítico, ni la enorme sinceridad del autor de "Los Orígenes de la Francia Contemporanea," Taine es admirable en el método, y dentro de él, destruye como una piqueta, muerde como un sarcasmo, clava la idea como una garra y perfuma la línea con la honorabilidad del pensador sin prejuicios asquerosos y sin pavuras leporinas. En Taine vibran los tonos penetrantes y solemnes de la verdad y el aroma exquisito de la honradez, sin encogimiento y sin elasticidades.

El señor Bulnes, fabrica discursos llenos de generalizaciones falsas, de paralogismos abominables, de incorrecciones dialécticas, tan claras, que sólo se conciben retorciéndose en el grito de una suprema audacia. En los discursos del señor Bulnes, el vocablo salta como un epiléptico, se contorciona como un juglar y, como corresponde á un redomado farsante, se cuida hábilmente de dar con el cráneo en el *ring* y de llevar el rostro enharinado de sinceridad. ¡Todavía hay hojas públicas y buenas gentes que creen bello y veraz el último discurso de Bulnes! ¡Todavía tras el ruido de ese monton de verbosidad calentado en la llama de un odio latente, se endereza un hombre para decir en voz alta que Bulnes es un historiador que se conduce como un naturalista; que Bulnes tiene semejanza con el altísimo pensador, con el honrado dialéctico que, hundido en los archivos y al seguir en el amarillento papel los antiguos escritos, ha estado á punto de hablar con los muertos.

Pero la fisonomía intelectual del señor Bulnes no sería objeto de nuestros reparos, si ella no apareciera incrustrada en la misión de *leader* que le confió la Convención Nacional—el GRUPO CIENTÍFICO, como ha dicho el más serio de los órganos clericales.

Los señores Macedo y Casasús, cedieron á Bulnes la palestra. Macedo dijo breve oración, en la cual todo es desdichadísimo: desde el lenguaje hasta el pensamiento, desde el habla más llena de manchas que un camaleón, hasta la idea como simiente sin púlmula y sin radícula. El señor Macedo dijo que en los pueblos ignorantes y pobres no florecen las instituciones democráticas, y que el GRUPO CIENTIFICO no adora el *becerro de oro*. La enseñanza sociológica es muy vieja. Lo único que ella debe al señor Macedo es haber sido engastada en la peor forma posible. Pero, so pretexto de tal enseñanza, el GRUPO CIENTIFICO pretende dejar en cueros al pueblo semidesnudo, é inyectar más estolidez en las venas de la masa inculta. La línea de conducta de los *científicos*—políticos de la más baja estofa, que han ofrecido durante veinte años el espectáculo de una espantosa voracidad mercantil—ha sido y sigue siendo, no obstante que predican sin cesar la penuria material é intelectual del pueblo mexicano, arrancar á éste hasta la última triza que lleva asida al cuerpo y arrojar más tinieblas en la noche de la ignorancia nacional.

Sin embargo, el señor Macedo afirma, bajo su palabra de honor, que el CUERPO CIENTIFICO no adora el becerro de oro. Y, en efecto, el GRUPO CIENTIFICO ya no adora becerros de oro. Enriquecido por las concesiones, pletóricos los bolsillos no sólo por los rendimientos de la propia y milagrosa fortuna, sino por el rédito de los capitales de la beneficencia, ha empezado á sentir avidez hasta por los guiñapos de manta del pueblo. ¡Quizá desée aumentar los colgajes de la vieja trapería *científica*! En esta nueva faz de la avidez del GRUPO se descubre su orígen: el GRUPO CIENTIFICO fué trapero veinticuatro horas antes de ser potentado.

Para dar ascenso á la afirmación que hace el Sr. Macedo bajo su palabra de honor, sería menester que nos explicara cómo ciertos hombres del GRUPO CIENTIFICO, que vivían de limosna en México, levantaban poco tiempo después suntuosos palacios en las principales calles de la población; cómo ciertos hombres de ese GRUPO á quienes hemos visto chorreando la grasa de la inopia, se han presentado muy pronto acicalados y bruñidos y golpeando el asfalto de Plateros con un tronco de yeguas inglesas; cómo ciertos hombres de ese grupo han hecho el tránsito del harapo á la púrpura, de la buhardilla de alquiler á la casa propia, de la miseria á la ostentación, de la humildad ulcerada y pestilente, al orgullo recamado de seda y constelado de brillantes!

El discurso del Sr. Casasús, mueve á risa, Casasús convierte la sintáxis en el arte de un peluquero, que diría Don Emilio Castelar. La frase de Casasús es una frase al óleo. Se unta y tiñe con toda suerte de específicos; pero no puede ocultar el arranque ceniciento de la canicie. Es una frase decrépita, afeitada y ridícula. Presume de sobria y es necia, presume de artística y es artificiosa, presume de maciza y es hueca, presume de pura y elegante y es incorrecta y desgarbada.

Es fuerza volver al *leader* del GRUPO CIENTIFICO, al señor Bulnes, que baldona al gobierno del Gral. Díaz y ello no obstante, pone en tierra la rótula y proclama la necesidad de que el Gral. Díaz nos gobierne; al señor Bulnes, que truena contra el *régimen personal como sistema*, y juzga una excepción muy buena *veinte y cuatro años de régimen personal;* al señor Bulnes, que sugiere al público tremenda requisitoria contra el Gral. Díaz, y termina votando *con cariño* la sexta reelección del mandatario.

Para el señor Bulnes, la lógica es el arte de decir y contradecirse, de condenar y absolver por el mismo motivo, de afirmar y negar al mismo tiempo. Y sin embargo, el señor Bulnes es el representante genuino del GRUPO CIENTIFICO. Es la carne y la sangre y la palabra y la demencia del grupo. Es la plástica, la forma tangible del valor lógico y político y personal de los CIENTIFICOS.

El GRUPO CIENTIFICO se disfrazó de Convención Liberal y arrojó á Bulnes disfrazado de dialéctico, como arrojó á Casasús embadurnado de purista y á Macedo pintarrajeado de político sano. En realidad Macedo fué la ironía, Casasús el tedio, Bulnes la mordedura.

Bulnes mordió á Lerdo, mordió á la plebe mexicana, mordió á los militares, mordió á los jacobinos, mordió á los conservadores, y mordió al Gral. Díaz. Sólo que el general Díaz vive y da quincenas á Bulnes.... Y ello obligó al formidable dialéctico á depositar de rodillas un ósculo amoroso en la brecha abierta por la última dentellada!

———

El GRUPO CIENTIFICO dijo al país que se proponía darle *una lección objetiva de democracia.* La democracia no ha preocupado jamás al GRUPO CIENTIFICO. Pero como algunos cerebros de rana que, con el carácter de delegados, concurrieron á la Convención, han creido en la enseñanza objetiva, y que ella fué ordenada por el señor general Díaz, como si hubiera en el mundo un solo gobernante que ordenara hacer tiras el propio pellejo —debemos romper vigorosamente los tupidos velos de la Convención Nacional.

El aire no produce el fenómeno de la visión: no se percibe el oxígeno, no se ve el vapor de agua, no prende imagen en la retina el ácido carbónico. Un cerebro de esos que la Convención arrancó á las sombras de la ignorancia, podrá sostener la herejía científica de que el aire no es un cuerpo y se atreverá á negar la existencia del oxígeno, del vapor de agua y del ácido carbónico. Pero el hierro se cubre de orín, ó, para producirnos técnicamente, se combina con el oxígeno y el agua; adquiere mayor volumen y, por ende, mayor peso; y este es exactamente el del oxígeno y el agua que se han desprendido del aire. La sal común absorbe el vapor de agua que procede de la admósfera. Y, por último, el ácido carbónico enturbia el agua de cal y su peso es mayor, y el carbonato de cal forma un precipitado. Y entónces uno de esos cerebros de rana tiene que creer ó reventar.

El GRUPO CIENTIFICO es invisible para los imbéciles; no está en ninguna parte; los delegados han acudido á una Convención organizada por el señor general Díaz; no parece el GRUPO CIENTIFICO, no existe en la superficie del territorio nacional: es una ficción de los jacobinos, que por primera vez crean algo, aunque sea un mónstruo político semejante al pulpo del poeta francés.

Pero se sorprende una maraña de gigantescos tentáculos que se adhieren como ventosas á los puestos públicos, que verifican aterradora succión sobre el erario, que se pegan á la ley de pluralidad de los bancos hasta extraer el monopolio de las concesiones, que absorben el dinero de la institución de veneficencia, que aprisionan

los corretajes de los empréstitos más onerosos que ha contratado la República, que chupan la savia del país, que estrangulan la riqueza pública, y entonces hay que creer ó reventar.

El GRUPO CIENTIFICO tiene en la historia contemporánea un perenne agujero: el de la conspiración. Allí ha visto trascurrir veinte años, sacando las uñas para clavarlas en todos los negocios, grandes ó pequeños, limpios ó sucios. El último negocio del GRUPO, fué la Presidencia del luteciano José Ives Limantour. El GRUPO pensaba entregarse á la orgía de la rapiña. Para ello no eran óbice teórico las instituciones, y sostuvo con ahinco el *jus soli* como grímpola para cubrir el audaz contrabando político. Por fortuna para la nación, el señor Díaz hizo arrear la bandera y hundió en el oceano la fraudulenta mercancía. Y de aquí dimana la inquina que arde en el corazón del GRUPO CIENTIFICO, el odio que muerde al General Díaz en el discurso Bulnes, la rabia que azota la reputación del fuerte gobernante en el estadío de la prensa mexicana y en las hojas volantes que vienen de las fronteras de la República.

Los CIENTIFICOS pueden presentar al país el más hermoso programa de gobierno; pero es preciso que el país sepa que los CIENTIFICOS no cumplirán más programa que el de enriquecerse. Ellos impugnan á los jacobinos porque sólo han sabido demoler; pero nosotros debemos impugnar á los CIENTIFICOS porque sólo han sabido construir casas con el dinero ganado en la industria públiica.

Los pueblos necesitan acreditar la honradez de los grupos con pretenciones de mando para tener confianza en ellos. Y el GRUPO CIENTIFICO sólo ha dado, durante veinte años, pruebas contundentes de suma habilidad en el escamoteo. Es una banda de californianos, una legión de *gambusinos* que hurgan el cieno crispados por la fiebre del oro!

No será menester que las fuerzas vivas del país ter-

minen la formación de un nuevo mexicano para romper la pugna con el partido CIENTIFICO. La pugna existe ya. El régimen de la expoliación, que es el régimen de los CIENTIFICOS, ha vencido la resistencia nacional, y enfrente del partido CIENTÍFICO, surge el partido de los hombres que defienden las instituciones y los bolsillos!—*La Nación.*